

RUENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO III.

Situación de un patricio liberal en época de popular descontento.—Escena de la iglesia de Letran.

La situación de un patricio, amigo sincero del pueblo en la época de la lucha entre los oprimidos y los opresores, es la mas difícil y peligrosa de todas las situaciones posibles. Si se pone de parte de los nobles, hace traición á su conciencia: si abraza la causa del pueblo, abandona á sus deudos, y á todos aquellos con quienes guarda íntimas y frecuentes relaciones; y no es esta en verdad la única consecuencia de la última alternativa, ni tampoco la mas penosa para un espíritu enérgico y generoso. Todos los hombres viven bajo el dominio, están encadenados á la opinion pública: este es su juez supremo; pero la opinion pública no es una misma en todas las clases. Al plebeyo le escita ó le retiene la opinion de los plebeyos, de aquellos á quienes ve y conoce y pueden tener con él puntos de contacto, de aquellos entre quienes ha crecido y á quienes está en el caso de oír todos los dias el elogio ó la crítica de su conducta (1) del mismo modo. ¡Ah! la opinion pública de los grandes es la de sus iguales, la de aquellos á quienes el nacimiento ó la fortuna han lanzado en su camino. Cuando leemos en un periódico dogmático: «Tal ó tal noble no se atreverá á consumir tal ó tal accion como la de amedrentar á un colono ó la de corromper á un votante, porque temeria ser condenado por la opinion pública. ¿De que opinion pública pensais que se habla? ¿Acaso de la opinion de los que rodean al personaje? ¿De la de sus parátitos, dependientes y secuaces suyos en lo moral y en lo político? Pero ninguno de estos se atreveria á condenarle. Debe ser juzgado por otra clase, cuyas alabanzas ó censuras vibran rara vez en sus oídos; por una clase que ha aprendido por las ideas recibidas entre los suyos á fulminar contra una persona el insulto ó el desprecio. Esta distincion abunda en importantes deducciones prácticas: bien harian los hombres de Estado en tenerla de continuo ante sus ojos: les seria de seguro mas provechosa que suelen serlo la mayor parte de las máximas. Es pues lo cierto que la prueba mas terrible, á que puede uno sujetarse, es la de ponerse en oposicion con la especie de opinion pública á que siempre ha referido sus acciones. Pocos plebeyos han sostenido semejante prueba; de consiguiente seria injusto exigir mas decision á los patricios que se hallaren en el mismo caso. No puede uno menos de dudar de su propio juicio cuando se ve condenado por aquellos á quienes ha considerado toda su vida como oráculos. Cree uno seguir las leyes de la conciencia universal juzgando segun las preocupaciones de las sectas. Otro de los obstáculos mas poderosos á la accion de un patricio en tales circunstancias, consiste en la certidumbre de que los motivos en que se apoya serán mal interpretados, tanto por la aristocracia á quien abandona como por el pueblo á quien se une. Parece tan fuera de lo natural que un hombre deserte de los suyos, que el mundo se explica comunmente este misterio por todas las razones posibles, menos por la de una conviccion sincera, sin tacha, ó por la de un acendrado patriotismo. Uno lo atribuye á ambicion: otro á haber sido contrariado en sus propósitos. ¡Qué secreta tentacion! insinua un tercero. ¡Vano deseo de popularidad! dice un cuarto encogiéndose de hombros. Al pronto se admira el pueblo: luego vienen las sospechas. Desde el punto en que un demócrata voluntario se opone á una exigencia del pueblo, ya no hay salvacion para él: se le acusa de haber hecho el papel del lobo escondido bajo la piel de la oveja. Ved, dicen, ahora enseña el lobo sus agudos dientes. Si se muestra familiar con el pueblo lo atribuyen á lisonja: si se muestra reservado le tachan de orgullo. En semejante posicion, ¿quién sirve de apoyo al hombre que aspira á seguir la senda que su conciencia le traza y cuyos ojos descubren todos los escollos del camino? Dejemos á un lado ese protocolo universal de la opinion pública, no hablemos de esa pobre ilusion de la justicia póstuma. Siempre ofenderá á la primera, y nunca alcanzará la segunda. Lo único que le sostiene es su alma. Un hombre magnánimo, al paso que se consagra al bienestar de su especie, la mira con cierto desprecio. Entran por mucho en sus cálculos la ventura ó la desgracia de sus semejantes, sus aplausos ó su crítica nada le importan: se sale

del círculo de su nacimiento y de sus costumbres: es inaccesible á las pequenezes de los corazones mezquinos. Semejante á una estrella del firmamento resplandece y sirve de faro sin que perciba desde su elevada esfera los rumores del mundo. Hasta el momento en que se rompe el eje, y en que el negro y vacío espacio absorbe el brillante astro, se goza en su propia melodia, no admite compañero, y puede ser venturoso sin otro auxilio que el convencimiento de la propia gloria. Escasos son los espíritus de este temple y no todos los siglos son capaces de producirlos. Figuran como escepciones entre las virtudes humanas comunes, influidas y dirigidas siempre á cierto punto, sino corrompidas del todo por los accidentes exteriores. En aquella época en que se necesitaba una inmensa superioridad moral para ceder solo á la voz de la fama, nadie hubiera podido concebir el sentimiento mas delicado, mas metafísico, que induce á obrar bien solo por obtener su propia estima; sentimiento separado por una distancia inmensurable del deseo de la gloria por otro otorgada. Es forzoso sufrir largo y severo noviciado para sentirse con la suficiente fuerza para prescindir del mundo: es forzoso haber pensado y aguantado mucho: es forzoso conocer á fondo la vanidad de cuanto emana de los hombres para sobreponerse á los objetos vulgares de su ambicion. Es ese un grado de idealismo á que se elevan pocos hombres aun en los siglos de mas luces. Y no obstante ignoramos lo que en la contemplacion hay de celeste, ignoramos el poder casi infinito de la conciencia mientras no llegamos á ese grado de abnegacion de las cosas mundanas, que nos permite retirarnos al santuario de nuestra alma, y nos dá á conocer cuánta semejanza tiene nuestra naturaleza con la naturaleza divina en la facultad de existir por sí misma.

(Continuará)

EL CUERPO DE GUARDIA.

ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

Sargento. Nos dejarás en paz un momento?
Valdés. Cómo! le ha pasado ya? esas son otras quinientas.—Pobrecita! se asustó V. mucho?
Elisa. Si por cierto.
Valdés. Vaya, vaya!
Elisa. No quiero que vuelva V. á hacer esas cosas.
Valdés. Per supuesto. Si V. supiera cuanto siento...
Sargento. Atiende á tu obligacion y déjanos por Jesucristo. (A Elisa) Y yo esperando por tí tanto tiempo!...
Elisa. Cómo era posible que mientras mi tia no saliese...?
Sargento. Dejarías de tener ocasion?...
Elisa. Cuando te digo que no pude!
Sargento. Alguna visita mas grata que la mia!...
Elisa. Celos tenemos? mira que voy á enfadarme de veras.
Sargento. Estoy seguro que no me quieres... por eso te incomodan los celos... por eso... ¡j... ¡j... ¡j...
Elisa. No llores, pichon mio.
Valdés. Pichon le llama!
Sargento. Has de quererme mucho? has de venir otra vez en cuanto puedas?
Elisa. Sí; pero no me digas esas cosas. (Pasándole la mano por la cara) ¡Eres tan mono!...
Valdés. Huy! y le soba la cara!... esto vá á paso redoblado!... á la carrera!—Cabo de guardia! relevo... relevo por Jesucristo!—Es imposible que yo pare mas aqui!
Cabo. Dieron las nueve?
Valdés. No señor.
Cabo. Pues entonces ¿á qué diablo son esos gritos?
Elisa. Vendrá ya el teniente?
Sargento. No lo creas; está pidiendo relevo.
Elisa. Centinela! viene ya el teniente?
Valdés. No señora; pero no puede tardar.—Qué ojos tan lindos!... y sobarle ademas la cara!... Es cosa de volverse un hombre loco!
Elisa. (Al sargento.) Lo ves? dice que no puede tardar.
Sargento. Ya quieres dejarme?
Elisa. Y si viene?
Sargento. No vendrá; tambien está con su novia.
Elisa. Con que tiene novia?
Valdés. Yo lo creo.
Elisa. Y está con ella en su casa?
Valdés. Seguramente; y si V. se descuida, á solas y sin candil.
Elisa. Qué fortuna tienen algunas!
Sargento. Es que vive aqui al lado. Pero dejemos esto y atiende.
Elisa. Será bonita ¿no es verdad?
Valdés. No es cosa mayor, y menos comparada...
Elisa. Y él?
Valdés. Oh! es un mozo soberbio!
Elisa. Será joven...?
Sargento. No quieres escucharme?

(1) Esta distincion es estensiva á todas las subdivisiones de la sociedad. La opinion pública del legista es la de los legistas: la opinion pública del soldado es la del ejército: la opinion pública del sabio, del hombre de letras, es la del mundo pensador y literario; y los mas sensibles de estos últimos atribuyen gran importancia á la censura de un hombre de gusto, de un célebre sábio, aunque no se dirija sino á objetos técnicos, y aunque nada se roce con la crítica moral mas severa de la muchedumbre. Sucede á veces que un hombre ejecuta una buena accion, compone una excelente obra tan solo por merecer la aprobacion de dos ó tres personas presentes de continuo á su imaginacion: sus votos componen toda su opinion pública. El asesino de profesion, apoyado por la aprobacion de sus semejantes, no suele reconocer hasta el pié del patibulo cuán odioso le hacen sus crímenes.

Valdés. Veinticuatro, poco mas ó menos.
 Elisa. Y rico...?
 Sargento. Pero á ti ¿qué te importa eso?
 Valdés. Por supuesto.—Vaya un preguntar sospechoso! pobre sargento!
 Sargento. Centinela! á tu obligacion.
 Valdés. Eso es! paga en mí la rabia.
 Elisa. Algunas nacen de pies!
 Sargento. La tienes envidia?
 Elisa. Yo no digo eso.
 Sargento. Pero lo infiero yo, y puede inferirlo todo el que te oiga. Soy pobre!... ya lo veo: el oro sobre los hombros te deslumbra... y si el teniente te dijese una palabra...
 Elisa. Vaya! no seas tonto.
 Sargento. Tonto! á qué vienen esas preguntas?
 Elisa. Por pasar el tiempo... curiosidad solamente.
 Sargento. No... eso no es curiosidad.
 Elisa. (A parte) Ella fea... el rico y hermoso. Me gusta tanto una charretera...!
 Sargento. En que piensas?
 Elisa. Yo!... en nada.—Y no será tan celoso... es mucha cócora un hombre celoso!
 Sargento. Parece que ha enmudecido!
 Elisa. Si tú no dices palabra...? Ya se vé: siempre juntos! siempre una misma cosa!...—Mucho quisiera que llegase!
 Sargento. Ingrata!... estás impaciente?... te cansa ya mi compañía?
 Valdés. Vaya una cara de catar vinagre!... si querrá el maldito que le sobe otra vez la cara?
 Sargento. Callas?... así pagas el amor que profeso?... yo que diera la vida por pasar un momento á tu lado!... Si nunca te hubiese visto...!
 Elisa. Te pesa?
 Sargento. Oh! bien sabe Dios que bendigo el primer dia en que mis ojos vieron... eres tan hermosa!... te amo tanto. ángel mio! te amo tanto!... pero al suponer que puedes olvidarme, el corazon se me desgarrá!... Si supieras lo que padezco en tales casos!...
 (El semblante de Elisa se anima gradualmente: empieza mirando á su Adonis con tristura y compasion, luego con cariño; á poco rato todo es fuego y amor en sus miradas; le habla despues con toda la efusion de un alma jóven y entusiasta, y concluyen acariciándose tiernamente, segun lo indique el siguiente diálogo.)
 Elisa. Pobrecito!... es tan sensible...! Si al menos fuera teniente...
 Sargento. Estate... estate un momento mas á mi lado... ¡me parecen tan breves los instantes que paso en tu compañía...!
 Elisa. Cuán triste se pone!
 Valdés. Hola! ya están otra vez mano á mano! tienen los malditos unos altos y bajos...!
 Sargento. Ah!
 Elisa. Que tienes, bien mio? porque suspiras así?
 Sargento. Bien mio!... es posible? ha salido esa palabra de tus labios?
 Elisa. Por qué no?—me enterezo tan fácilmente...!
 Sargento. Dímelo, dímelo otra vez al menos... Me hacen tanto bien esas palabras...!
 Elisa. Vaya! no te aflijas por Dios.
 Sargento. Hermosa mia!
 Elisa. Angel de mi alma!—Es imposible dejar de amarle!
 (Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

La noche del martes se ejecutó en el teatro de la Cruz, el drama nuevo escrito por el celebre Casimiro Delavigne y traducido por el malogrado don Mariano José de Larra en cinco actos titulado *D. Juan de Austria ó la vocacion*. El drama aunque algun tanto pesado está perfectamente traducido y lleno de situaciones altamente dramáticas: el desenlace es natural y sencillo. estando los caracteres perfectamente bosquejados. La ejecucion fue esmeradísima, distinguiéndose en ella y arrancando aplausos las señoritas doña Teodora Lamadrid y Du... esta ultima ejecutó admirablemente un papel de novicio que la estaba encomendado: los señores Sobrado y Lumberras merecieron tambien justos aplausos. La concurrencia fue muy buena y salió del teatro intimamente satisfecha.

El tenor serio que esta contratado por la empresa del teatro del Circo para sustituir al señor Unanue, es el señor Ferretti, de quien hay excelentes noticias; debe llegar á esta capital en el proximo mes de setiembre.

Se asegura que la compañía lirica que debe trabajar en la temporada próxima en el Circo, se compondrá de artistas notables, cual hace muchos años no hemos oido en esta capital.

El señor Unanue debe partir dentro de breves dias para san Petersburgo, donde debe tomar parte como tenor serio de la compañía lirica de aquella capital á cargo del ilustre Rubini, Tamburini, la Garcia Vierdot y otros artistas notables. Tambien le han sido hechas proposiciones ventajosas al señor Unanue por uno de los principales empresarios de Milan, proposiciones que no ha aceptado nuestro compatriota por el compromiso contraido para San Petersburgo.

Nuestro corresponsal de Valencia nos dice lo siguiente:

Han empezado nuevamente los trabajos de la compañía dramática á pesar del terrible calor que se experimenta. La primera funcion puesta en escena ha sido *El Tio Pablo, ó la Educacion*, drama sencillo, de regulares proporciones y no escaso de interés, pero sin que nada enseñe, ni algun objeto moral se proponga. El Tio Pablo, hombre sencillote, sin estudios, sin maneras, sin educacion alguna, es sin embargo la figura mas noble, mas honrada, mas hermosa y purificada del cuadro al paso que su hermano y demás personajes dorados de los mas finísimos modales, aparecen pálidos y llenos de defectos á su lado: no parece sino que el autor se propuso, lejos de presentar los graves males que de una descuidada educacion pueden originarse, sancionar el principio de la bondad de su falta. Porque eso de emborracharse un poco en la comida es por lo regular costumbre de personas de alta

sociedad, y para decir necedades y cosas que no vienen á cuento, y estropear la lengua castellana, sobran literatos en el mundo.

La ejecucion fué bastante esmerada, sobresaliendo el señor del Rio en el difícil papel del tío Pablo, que pintó con ese colorido de sensibilidad y rudeza, con esa mezcla de delicados afectos y maneras bruscas que caracterizan á este personaje. En la escena de la borrachera estuvo ademas felicísimo, preparándola con tino, ejecutándola con verdad, y terminándola con una gradacion verdadera. A primera vista se veia no al borracho por costumbre, sino al que lo era por casualidad ó acaso por el deseo de ahogar los pesares de su alma entre los vapores del dios Baco. El público le dió repetidas muestras de aprobacion que deben serle tanto mas lisonjeras cuanto que el mérito no es del autor sino que á él solo le pertenece.

El mismo actor que acabamos de elogiar hizo en la noche siguiente el *Plan plan*, y á un cobarde otro mayor, siempre tan feliz, siempre tan entendido, siempre tan bien acogido del público, y perfectamente secundado por sus compañeros.

El *Pelo de la Dehesa* está pasado ya en autoridad de cosa juzgada. El señor del Rio lo considera con razon como uno de sus caballos de batalla, el señor Montañó está inimitable en el parásito D. Remigio, y no son menos dignos de elogio las señoras Toral y la característica, que para papeles de bajo cómico y vestirse estrambóticamente no tiene compañera.

Bandera negra ha vuelto á repetirse agradando como en sus primeras representaciones. A su debido tiempo hablamos de esta produccion del señor Rubi y del mérito de su ejecucion: á aquello, pues, nos referimos, repitiendo nuestro parabien á los actores que la desempeñan.

La concurrencia es escasa por razon de la estacion, pero segun tenemos entendido se preparan funciones que obligarán á las gentes á quemarse contra su voluntad.

La ópera debe empezar muy pronto.

VARIEDADES.

PANLÉXICO.

Diccionario de la lengua castellana, ya publicado, un tomo en folio de 800 páginas.

Diccionario de sinónimos. Van publicadas nueve entregas de ocho pliegos cada una.

Diccionario de la rima. Van publicadas cuatro entregas.

El precio de cada entrega es 4 rs. vellon para los suscritores.

Luego se termine el diccionario de sinónimos, se dará principio con el de la fábula, y luego que lo esté el de la rima, entrará el de los tropos.

Estas obras se venden en la libreria de D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas núm. 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: el drama nuevo, en cinco actos, titulado: DON JUAN DE AUSTRIA. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: LA FAVORITA, ópera en cuatro actos.
 El sábado próximo se pondrá en escena el primer acto de la ópera PADILLA, O EL ASEDIÓ DE MEDINA, escrita en metro castellano por don Gregorio Romero Larrañaga y puesta en música por el profesor don Joaquin Espin y Guillen.
 La empresa, al ofrecer al público ilustrado que tanto la favorece la produccion de un español, no lleva otra mira que la de estimular la aplicacion de los jóvenes profesores, presentándoles ocasiones de darse á conocer. Los cantantes son tambien españoles, á fin de completar un espectáculo nacional.

DE VARIEDADES.

A las cinco de la tarde: el drama en dos actos, su titulo: AMOR DE MADRE. Baile nacional y sainete.
 A las ocho y media de la noche: el acreditado drama en tres actos, conocido por SANCHO GARCIA. Baile y sainete.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas núm. 8.